

Recordar, compartir, aprender

Zaragoza

Carmen Carasol Ibort, 76 años

Azahara Torres Gómez, 18 años

UN VIAJE EN CLASE TURISTA

Carmen, ojos dorados, nariz respingona, pelo blanco y cuidado. Carmen espera en el sillón de su salón, Carmen saluda con un par de besos; Carmen, de 76 años, tiene una historia que contar.

Cuando Carmen dejó su casa sólo llevaba consigo una maleta de cartón y a Félix, su marido, con quien se había casado apenas dos semanas antes en una capillita de la basílica del Pilar. A sus 28 años, dos más que su reciente esposo, Carmen casi no había salido de Zaragoza. Lo más lejos que había estado era en Loarre para visitar la fosa común donde se encontraban los restos de su padre; pero la falta de trabajo en la ciudad hizo necesario el cambio.

En los años sesenta el trabajo estaba en el extranjero y Francia era el país de los emigrantes españoles. Cuando Félix por fin consiguió un contrato a las afueras de París, Carmen no dudó en marchar con él: dejar toda una vida atrás no es fácil, pero cuando no se tiene más que el trabajo de las propias manos hay que abrirse caminos como sea y luchar. Así pues, la mañana del 10 de marzo de 1961, Carmen y Félix acudieron a la Estación del Norte de Zaragoza para coger un tren que les llevaría a Irún; primera parada de un viaje en busca de un futuro y de su luna de miel.

Se trataba de un tren correo y viajaban en clase turista, como dice Carmen, porque no había más barata. Las doce horas de viaje las pasaban sentados en duros bancos de madera de los que sólo se levantaban para estirar las piernas mientras se asomaban por la ventanilla. Al llegar, a las seis de la tarde, taxis y coches particulares se ofrecían para pasar a Hendaya a todos los emigrantes que viajaban en aquel tren.

El control francés para la inmigración era fortísimo. Primero había que pasar una revisión médica: quien no valiera para trabajar volvía a España. También era necesario tener todos los papeles en regla: pasaporte, papeles de inmigración y un contrato de trabajo o, en su defecto y como era el caso de Carmen, un pasaje de turista. Y no bastaba con esto, en todas las localidades había un inspector que pasaba de vez en cuando por las casas para comprobar que todos los contratados estaban en regla. Además era casi ilegal pasar alimentos españoles a territorio francés por lo que había muchos amantes del embutido que se ataban los chorizos a las pantorrillas.

La espera en Hendaya hasta las 9 de la noche se hacía amena: todos los que acababan de pasar la frontera se iban conociendo, compartían sus pocas pertenencias y ‘colegueaban’ entre tragos de vino. El próximo tren que había que coger era el que tenía como destino París. 12 horas de viaje después, se llegaba a la ciudad de las luces.

La estación de Orsay, actual sede del museo impresionista de París, era enorme. Impresionaba a quienes no habían visto nunca una estación de aquellas características: trenes y más trenes salían y llegaban por multitud de caminos de hierro. El olor era diferente, las sensaciones y los sentimientos también: emoción quizá teñida por el recelo a la vida que se avecinaba... El idioma parecía lo único que no había cambiado: de todas partes se oían gritos en español que ofrecían llevar a los recién llegados a su destino.

Pero esta alegría que sintieron Carmen y Félix al pensar que por lo menos con el idioma no habría problemas, pronto se fue y es que después de que uno de aquellos ‘taxistas’ españoles les dejara en la estación de autobuses del norte de París, debían conseguir billetes para llegar a Commeny: destino final de la pareja.

En Commeny, un pueblecito a 50 kilómetros de la capital francesa, estaba la familia que había contratado



a Félix como temporero en la recogida de la patata y la remolacha. Allí también había otros aragoneses de Aguarón y Cariñena: los patrones preferían a los españoles por su fama de trabajadores.

Un nuevo idioma por aprender, una nueva cultura, todo tan diferente de lo vivido... Carmen, que viajaba como turista pues no había encontrado trabajo desde España, consiguió ganarse el jornal en la casa del patrón, Monsieur Levèque: cosía, fregaba, limpiaba, hacía recados, se ocupaba del corral... sirvió durante todo el tiempo que estuvo ahí y consiguió un contrato.

De primavera hasta octubre: ocho meses de trabajo en Francia pensando que cada día quedaba menos para volver a su tierra en la que apenas estarían medio año, pues Carmen repitió este viaje en clase turista año tras año hasta que su hijo Carlos comenzó el colegio en Zaragoza.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Los recuerdos de Carmen se amontonan en su cabeza y quizás sea por esto por lo que parece que le cuesta acordarse de lo que acaba de hacer. Una vida larga y llena de acontecimientos está fotograma a fotograma en su mente; pero ¿qué ha supuesto la vida para Carmen?, ¿qué se aprende en 76 años?

La vida es recuperar los recuerdos; pero sin que eso impida avanzar: recordar para aprender de los errores cometidos, volver la vista atrás pero sin dejar de pensar en nuevos horizontes.

La vida es un maestro: para alguien como Carmen que no ha podido ir a la escuela, la vida le ha enseñado todo lo que es y todo lo que ha sido. De la vida se aprende a vivir. Con la guerra le tocó madurar más rápido de lo que debía, una infancia muy diferente de la que se tiene actualmente. Desde muy pequeña le tocó trabajar para sobrevivir sirviendo en casa de sus abuelos que sólo le daban 30 pesetas y un par de zapatillas; y desde entonces, su vida ha consistido en servir a los demás; sin dejar de tener en mente un afán de superación con la ilusión de tener un poquito más.

Como dice Carmen “la vida consiste en vivir”: la vida es para vivirla y las experiencias son únicas en cada persona y en cada momento. “Nunca sabrás por lo que ha pasado otro por muy bien que te lo cuente. Lo que pasé yo para llegar a Commeny no lo sabe nadie”.